

DEFENSA DE LA REVELACIÓN DIVINA CONTRA LAS OBJECIONES DEL LIBREPENSADOR

Leonhard Euler

Traducción de Juan Arana. Universidad de Sevilla

Summary: Against the great mass of his scientific production, Euler has published an alone apologetic opuscle, although Theologie was an important part of his studies and he had a continuous interest for Religion along his life. All this increases the importance of the Defense of divine dispensation, in which appear some lucid considerations about the limits of knowledge and the kind of certainty attainable to men.

Introducción

Leonhard Euler (1707-1783) es una de las máximas figuras de la historia de la matemática y de la física-matemática. Nació en la ciudad suiza de Basilea, en el seno de una familia protestante, y fue educado bajo la supervisión directa de su padre, hasta el ingreso en la Universidad. A principios del siglo XVIII, Basilea constituía un lugar privilegiado para el estudio de la matemática, gracias sobre todo a la actividad de los Bernoulli, una dinastía de investigadores que desempeñó un papel esencial en el desarrollo del cálculo infinitesimal y la mecánica clásica. El joven Euler fue discípulo del a la sazón jefe de la familia, Johann I (1667-1748), y compañero su hijo, Daniel (1700-1782). Entabló con éste último una amistad perdurable, en modo alguna empañada por la reñida competencia científica que sostendrían a menudo. Enseguida se despertó en Leonhard una vocación matemática irresistible, de modo que, en lugar de dedicarse a la teología de acuerdo con los deseos paternos, se entregó en cuerpo y alma a una ciencia para la que demostró estar excepcionalmente dotado. A los 20 años consiguió un puesto en la Academia de

Ciencias de San Petersburgo, en la que permaneció hasta 1741, fecha de su traslado a Prusia, llamado por Federico II para dirigir la clase matemática de su Academia. En Berlín residió los 25 años siguientes. Su actividad pronto le convirtió en uno de los sabios más respetados de Europa. Reunía para ello una serie de cualidades raras veces coincidentes: una memoria prodigiosa¹, una aptitud extraordinaria para el cálculo y, al mismo tiempo, una singular capacidad para la creación teórica. En este último aspecto, su habilidad para encontrar nuevos caminos y generalizar soluciones particulares no admitían posible competencia. Por otro lado, poseía un temperamento activo, tenaz y, a la vez, equilibrado, todo lo cual convirtió su vida en un continuo proceso de creación: de sus manos salieron decenas de libros y centenares de memorias, muy pocos de los cuales bajan del nivel de la excelencia. Euler ha sido, por consiguiente un ejemplo de genio laborioso, uno de los pocos casos de la historia en el que la cantidad no ha estado reñida con la calidad. Su increíble facilidad e infatigable tesón se tradujeron en una cosecha inagotable de hallazgos que durante más de medio siglo cayó como una ininterrumpida catarata sobre el público erudito de Europa. Literalmente hay que decir que los editores no daban abasto para dar salida a todo el material que les enviaba:

“Al mismo tiempo que trabajaba la imprenta de la Academia en esta obra, sus prensas estaban ocupadas en la impresión de las Cartas a una princesa alemana, el Cálculo integral, la Introducción al Algebra, las Investigaciones sobre los cometas de 1769, los Cálculos de los eclipses del Sol y del paso de Venus, la nueva Teoría de la Luna, las Tablas lunares, y la obra sobre la construcción y gobierno de buques, sin mencionar el gran número de memorias que se encuentran en los volúmenes de los Comentarios aparecidos en este lapso.”²

Resulta, pues, fácilmente comprensible que ningún contemporáneo se atreviera a regatear sus méritos. El propio Euler supo evitar rebajarlos y siempre se mantuvo alejado de toda mezquindad: nunca reivindicó prioridades ni regateó elogios a sus competidores³. Tampoco tuvo que apoyarse en otra cosa que su propio trabajo para lograr el reconocimiento de sus colegas y las más variadas recompensas de los gobernantes de todos los países europeos. Como un caso insólito cabe mencionar el hecho de que el Parlamento inglés decidiera entregarle una cantidad (“que no exceda las 300 libras”), en agradecimiento “por haber suministrado teoremas” que ayudaron a determinar el rumbo y posición de los buques de su Majestad⁴.

Aunque hay buenos motivos para pensar que Euler se sentía halagado por la admiración que despertaban sus hazañas mentales, nunca llegó a convertirse en un personaje afectado y distante. Un observador de la época que no le es especialmente afecto, lo presenta con una humanidad adornada de cierto encanto:

“En medio de su familia, asediado por los lloros de sus hijos pequeños, que jugaban alrededor de él y trepaban por sus rodillas, mientras que un gato se posaba en sus hombros, ha compuesto muchos escritos que toda Europa ha admirado y admirará siempre.”⁵

No hay duda, en efecto, de que fue un hombre familiar: tuvo trece hijos, de los que sólo le sobrevivieron tres, y además de educarlos, se preocupó de impulsar la carrera que cada uno de ellos hizo a su sombra. Los biógrafos nos lo presentan en su vejez rodeado de nietos y discípulos, convertido en una figura venerable, cuya felicidad es capaz incluso de sobrevivir a las mayores desgracias: muerte de la esposa, ceguera, incendio y ruina de todas sus pertenencias...

Tampoco fue, por supuesto, un hombre exento de todo defecto. La obsesión por el trabajo le llevaba a sacar ideas matemáticas hasta de la literatura greco-latina⁶, y a estar en sempiterna vigilia para “calcular todo lo calculable”⁷. Tal vez por ello se opuso a que la Academia emplease un pequeño superávit en acabar de cerrar con un muro su jardín de plantas, ya que para él la botánica era un mero “juego de niños”, y no existía verdadera ciencia fuera de las matemáticas⁸.

Algunos le han acusado de complacencia con los poderosos. Una anécdota muy repetida nos lo presenta completamente atemorizado a su llegada a Alemania, después de sus experiencias en la despótica Rusia. Se le ha reprochado el apoyo quizá demasiado decidido que prestó a Maupertuis, presidente de su academia, en la polémica que mantuvo con König, y el hecho de que le cediera graciosamente la prioridad en el descubrimiento del principio de mínima acción⁹. También ha sido relacionado con este aspecto de su personalidad la decisión de trasladarse en 1766 de nuevo a San Petersburgo. El gran Federico apreciaba tanto su talento científico como sus aptitudes administrativas y prácticas¹⁰, pero nunca simpatizó con él ni le otorgó su amistad, como sí hizo con Maupertuis y, sobre todo, con su rival científico más directo, d’Alembert. Cantor comenta que una reorganización de la Academia llevada a cabo en 1763 le hizo sentirse a disgusto, y buscar refugio en Rusia, que nunca había dejado de pagarle su pensión de académico, a pesar de un cuarto de siglo de ausencia¹¹. Thiébauld cuenta una historia algo más

mezquina¹²: la Academia deseaba arrendar el monopolio que disfrutaba sobre la impresión de calendarios, a fin de aumentar sus ingresos. Euler se oponía y apoyaba al cajero, cuya gestión era bastante dudosa, pero que le había sido recomendado por un alto personaje. El rey, con su habitual sorna, dio un buen rapapolvo a su primer matemático, recordándole en una carta que no hay que hacer cálculos muy complicados para ver que los 17.000 táleros ofrecidos por el nuevo arrendatario superaban a los 13.000 devengados hasta el momento. Añadía que el monopolio había sido establecido para pagar los sueldos de los académicos, y no para engordar al cajero. Después de esto, el pobre Euler se habría visto obligado a emigrar.

Sirvan todos estos detalles más o menos anecdóticos para iluminar un poco el perfil humano de una de las figuras más extraordinarias de la historia del pensamiento humano. Falleció repentinamente a los 76 años, cuando todavía estaba en pleno dominio de sus portentosas facultades mentales, de modo que, como comenta lacónicamente en su elogio Condorcet, en el mismo punto “cesó de calcular y de vivir”¹³.

* * * * *

A lo largo de su vida, Euler publicó en total unos 560 títulos¹⁴, y de todos ellos el único que se refiere a la religión es el que nos ocupa. En realidad, ni siquiera apareció bajo su nombre, puesto que fue editado como un folleto anónimo en 1747. No obstante, debe serle atribuido sin lugar a dudas, como atestigua su biógrafo oficial¹⁵. Todavía vivía Euler cuando fue publicada una traducción italiana, en la que ya figura como autor¹⁶.

Las circunstancias concretas que rodearon la aparición de esta solitaria empresa apologética no son conocidas con exactitud. Euler llevaba a la sazón seis años en Berlín, y desde hacía tres había sido nombrado director de la clase de matemáticas de la Academia de Ciencias y *Belles Lettres*. Un año antes había publicado las *Tabulae astronomicae Solis et Lunae*, y un año después saldría de la imprenta la *Introductio in Analysin Infinitorum*. Se encontraba, por consiguiente, en un momento especialmente fructífero desde el punto de vista científico e intelectual.

La razón última del trabajo hay que buscarla, por supuesto, en la religiosidad y los conocimientos teológicos de Euler, que enseguida pasaremos a comentar. El motivo inmediato tiene que ver con el incremento de la crítica antirreligiosa por parte de los llamados “libertinos”, “librepensadores” o “espíritus fuertes”¹⁷, que empezaron a proliferar en Europa en la segunda mitad del siglo XVI, y que durante la Ilustración

adquirieron tal relevancia social y cultural, que llegaron a alarmar seriamente no sólo a los clérigos y dignatarios de las diversas iglesias, sino a todos los que aunaban el cristianismo con cierta inquietud intelectual. En varios países, los ataques contra la Religión por parte de los incrédulos eran reprimidos por las autoridades civiles; en otros había mayor tolerancia. Prusia ocupaba en este sentido una posición especial. La iglesia luterana era la confesión oficialmente adoptada por el estado, pero había evolucionado hacia un formalismo que le había hecho perder mucha vitalidad. El pietismo, corriente renovadora que había comunicado nuevo vigor a la espiritualidad del pueblo, dejó de tener el apoyo de las más altas instancias del poder tras la subida al trono de Federico II, que personalmente era deísta y se mostraba escéptico frente a todas las religiones positivas. Este monarca fomentó la libertad religiosa, acogiendo en sus estados a numerosos exiliados franceses calvinistas y a diversos inmigrantes de las más diversas creencias (incluso a algunos jesuitas, expulsados de sus países de origen por las cortes católicas). Federico observó idéntica tolerancia en su actividad como mecenas cultural: eligió como presidente de la Academia berlinesa a Maupertuis, un católico relajado, y dejó que ocupara la secretaría Formey, un protestante ilustrado. Entre los académicos figuraban calvinistas convencidos, como Euler, y ateos recalcitrantes, como La Mettrie. Nombró gran chambelán de la corte a Voltaire, deísta como él y prolífico autor de panfletos anticristianos.

Hay que decir, sin embargo, que en el círculo más íntimo de sus amistades, Federico prefería las desenfadadas chanzas de los libertinos a las edificantes consignas de los piadosos. Sus amigos franceses, salvo Maupertuis, no se distinguían por su respeto a la cultura religiosa heredada, y los académicos de origen germánico, que por lo general mantenían posiciones más próximas a la tradición, no disfrutaban de un trato directo con el monarca. En tales condiciones, es lógico que creciera la confianza y osadía de unos, y la inquietud y resistencia de otros. Euler formaba parte del último grupo. Hijo de un pastor, y educado con la intención de que se convirtiera asimismo en pastor¹⁸, estudió teología y lenguas orientales antes de dedicarse definitivamente a las ciencias matemáticas¹⁹. Todos los testimonios coinciden unánimemente en subrayar su religiosidad:

“...había guardado toda la simplicidad de costumbres cuyo ejemplo le había dado la casa paterna; mientras conservó la vista reunía todas las noches, para la oración común, a sus nietos, los domésticos y los discípulos que alojaba en su casa; les leía un capítulo de la *Biblia*, y algunas veces acompañaba esta lectura con una exhortación.

“Era muy religioso; de él tenemos una nueva prueba de la existencia de Dios y de la espiritualidad del alma; ésta última ha sido adoptada incluso en varias escuelas de Teología; había conservado escrupulosamente la Religión de su país, que es el Calvinismo rígido; y no parece que, al igual que la mayoría de los Sabios protestantes, se haya permitido adoptar opiniones particulares, y formarse un sistema de Religión.”²⁰

Teniendo en cuenta que cultivaba una ciencia extraña a las aficiones intelectuales de su patrón, y que practicaba una piedad rigurosa y patriarcal, tan alejada del desarraigo espiritual de éste, es natural que hubiera muy poca comunicación entre ambos hombres. El rey se chancaba del científico, porque estaba convencido, aunque injustamente, de que sus horizontes eran demasiado estrechos²¹.

Euler fue uno de los primeros autores protestantes que tomó la pluma para defender la Religión contra los librepensadores²², lo cual, teniendo en cuenta las circunstancias en que lo hizo, implica una buena dosis de fortaleza de ánimo, y obliga a matizar las acusaciones que se han hecho de ser complaciente con los poderosos.

El escrito en sí es claro, ordenado, directo. Posee una estructura argumental muy sencilla. La primera parte está basada en una consideración ético-antropológica de la libertad y la felicidad en relación con el entendimiento y la voluntad. Rechaza las objeciones libertinas al mismo tiempo que cuestiona la actitud que hay tras ellas, para lo cual se apoya en la doctrina reformada sobre la corrupción de la naturaleza humana por el pecado. Trata el aspecto histórico de la religión de un modo muy general, tomando como referencia constante la *Biblia* y, en particular, el *Evangelio*, y soslayando los dogmas de las iglesias. Centra en la resurrección de Cristo toda la discusión fáctica sobre la Revelación cristiana. También hace una serie de consideraciones lógicas acerca del tipo de certeza que el hombre puede alcanzar. La idea fundamental es que no se puede exigir a la religión un tipo de evidencia que ni siquiera la matemática o la ciencia natural otorgan. Por último, Euler realiza una breve incursión en el campo de la físico-teología, con ánimo no tanto de probar positivamente la verdad del cristianismo, cuanto de refutar las interpretaciones inmanentistas. Su alegato termina con la advertencia de que, aun cuando la razón deba inclinarse inequívocamente hacia la fe, para dar ese paso no bastan las consideraciones teóricas, y hay que apelar a la rectitud y pureza de las intenciones de cada cual.

La *Defensa de la Revelación divina* tuvo al principio una repercusión simplemente discreta, pero con el tiempo fue ganando peso, hasta

alcanzar una audiencia muy amplia y ejercer un influjo perdurable, sobre todo entre los teólogos protestantes²³. Algunas de sus propuestas se han convertido en moneda corriente dentro de la literatura apologética contemporánea, y según varios autores el opúsculo ha contribuido a resolver definitivamente la cuestión de si las teorías de la nueva ciencia pueden ser aceptadas por un cristiano, e incluso utilizadas en beneficio de su propia fe²⁴

La traducción que sigue está basada en el texto editado por Andreas Speiser en el volumen XII de la tercera sección de la *Leonhardi Euleri Opera Omnia*, publicada bajo los auspicios de la Sociedad Suiza de Ciencias Naturales (Zürich, Orell Füssli, 1960). Indico al margen la paginación correspondiente a dicha edición.

NOTAS

1 Igualmente capaz de recitar toda la *Eneida* de memoria, como de recordar las seis primeras potencias de los números 1 al 20. Véase N. Fuss, *Lobrede auf Herrn Leonhard Euler* (1786), en: *Leonhardi Euleri Opera omnia*, I, I, p. xci.

2 Véase Condorcet, *Éloge de M. Euler* (1786), en: *Opera omnia*, III, XII, p. 307.

3 N. Fuss, *Lobrede...*, p. lxxxii.

4 Carta del Almirantazgo del 13.6.1765. El rey de Francia le obsequió con 1000 rublos por su libro sobre la construcción y gobierno de buques (Carta de Turgot del 15.10.1775), y en cuanto a los rusos, le mimaron de tal forma que llegaron a poner ante su puerta una guardia de honor cuando ocuparon Berlín en el curso de su guerra contra Prusia (véase N. Fuss, *Lobrede...*, p. lxxviii).

5 D. Thiébault, *Friedrich der Grosse und sein Hof*, Stuttgart, Lutz, 1925, II, p. 219.

6 Véase Condorcet, *Éloge...*, p. 307.

7 N. Fuss, *Lobrede...*, p. lxxiv.

8 Véase D. Thiébault, *Friedrich...*, II, pp. 219-221.

9 Véase A. Kneser, *Das Prinzip der kleinsten Wirkung von Leibniz bis zum Gegenwart*, Leipzig, Teubner, 1928, p. 29.

10 Entre otros cometidos, supervisó la nivelación del canal Finow, las minas de sal de Schönebeck, la conducción de aguas de Sans Souci y los planes de lotería de Calzapighi. Véase N. Fuss, *Lobrede...*, p. xxi.

11 Véase Cantor, *Euler*, en: *Allgemeine Deutsche Biographie*, VI, p. 424.

12 Véase D. Thiébaud, *Friedrich...*, II, pp. 215-219. Se trata de una versión parcial y sospechosa. Los datos más fiables han sido recopilados por E. Winter en la *Introduction à la Correspondence d'Euler avec Frédéric II*, en: *Opera omnia*, IV A, VI, pp. 290-292.

13 Condorcet, *Éloge...*, p. 309.

14 Véase A.P. Youschkevitch, *Euler*, en: *Dictionary of scientific biography*, IV, p. 482.

15 Véase N. Fuss, *Lobrede...*, p. xciii.

16 Leonardo Euler, *Saggio di una difesa della divina rivelazione*, trad. de G. Fontana, Pavia, G. Bolzani, 1777.

17 Véase H. Busson, *Les noms des incrédules au XVI^e siècle*, en: *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*, 1954 (16), pp. 279-281.

18 Véase Condorcet, *Éloge...*, pp. 287-288.

19 Véase Cantor, *Euler*, p. 422.

20 Condorcet, *Éloge...*, p. 306.

21 A. Speiser comenta: "Euler poseía de Basilea una profunda formación cristiano-humanística, de la que los librepensadores no tenían la menor sospecha, y también era muy sociable y un excelente conversador, para lo cual le ayudaba mucho su gran erudición e infalible memoria, y también se relacionaba como apenas ningún otro sabio de la edad moderna con príncipes en Berlín, Varsovia y Petersburgo." *Einleitung a: Opera omnia*, III, XI, p. xxxv.

22 Véase A. Speiser, *Einleitung a: Opera omnia*, III, XI, p. xxxiv.

23 Véase A. Speiser, *Einleitung a: Opera omnia*, III, XI, p. xxxvi.

24 Véase A. Speiser, *Vorrede a: Opera omnia*, III, XII, p. vii.

DEFENSA
DE LA
REVELACIÓN DIVINA
CONTRA LAS OBJECIONES DEL
LIBREPENSADOR

BERLÍN,
A. HAUDE Y JOH. CARL SPENER
1747

I. Las fuerzas del alma se manifiestan en una doble capacidad, una de las cuales se llama entendimiento, y la otra, voluntad. Ahora bien, como la felicidad consiste en la perfección, la felicidad del alma no puede ser promovida más que mediante la perfección del entendimiento y mediante la perfección de la voluntad. Por consiguiente, hay que estimar al alma tanto más feliz, cuanto más ha sido llevada a la perfección, tanto del entendimiento, como de la voluntad. Y también consta de los mismos elementos la verdadera felicidad del hombre en general, mientras que los dones del cuerpo sólo contribuyen a ello en la medida en que son capaces de perfeccionar el entendimiento o la voluntad. Porque si los dones del cuerpo y todos los bienes corpóreos no tuvieran ningún efecto en el estado del alma, tampoco obtendría incremento alguno a través de ellos la felicidad del hombre.

II. La perfección del entendimiento consiste en el conocimiento de la verdad, de lo que a la vez resulta el conocimiento del bien. Los

principales objetos de este conocimiento son Dios y sus obras, en cuanto que todas las demás verdades a las que el hombre puede llegar por medio de meditaciones, se refieren en último término a Dios y sus obras. Porque Dios es la verdad, y el universo, obra de su infinita omnipotencia y sabiduría. Por consiguiente, cuanto más aprenda el hombre a conocer a Dios y su obra, tanto mayor éxito tiene en el conocimiento de la verdad, por lo que tanto más cerca está de la perfección del entendimiento.

269

III. Por tanto, la máxima perfección del entendimiento consiste en un conocimiento perfecto de Dios y de sus obras; ahora bien, como un conocimiento semejante es infinito, tampoco es capaz de él ningún entendimiento finito, y, por ello, tal entendimiento máximamente perfecto sólo puede ser atribuido a Dios. Los hombres sólo son capaces de alcanzar un grado muy pequeño de este conocimiento; sin embargo, hay lugar aquí a una gran diferencia entre las diferentes fuerzas del entendimiento, de modo que un hombre puede llegar mucho más lejos que otro. Por tanto, para promover la felicidad en relación al entendimiento, es necesario que uno se empeñe con todas las fuerzas en conocer cada vez más a Dios y sus obras, y cuanto más capaz sea de rendir un hombre en este aspecto, hay que considerarlo tanto más feliz en relación a su entendimiento.

IV. El conocimiento del bien se funda necesariamente en el conocimiento de la verdad. Porque, en la medida en que una verdad conocida pueda contribuir algo a la mejora de nuestra situación, será tenida por buena; y como Dios es la fuente de toda verdad, también Dios es llamado con toda razón el sumo bien. Por tanto, el conocimiento del bien presupone el conocimiento de la verdad, y mientras un hombre se esfuerza en llevar su entendimiento a un mayor grado de perfección, consigue a la vez un mayor y más claro conocimiento del bien. Claro está que también está comprendido aquí el conocimiento del mal, porque quien conoce el bien, también sabe distinguirlo del mal.

V. Parar llegar a la otra facultad del alma, la voluntad, hay que advertir ante todo que en el conocimiento del bien y del mal se fundan los deberes que el hombre tiene que observar en todas sus acciones, si quiere hacer dichosa su situación. Estos deberes se fundan en la esencia del bien, y por eso tienen que ser considerados como provenientes de Dios mismo, en cuanto verdadera fuente de todo bien; también por eso la ley natural, a través de la cual se determinan gracias a la luz de la naturaleza los deberes en nuestras acciones, se llama con toda razón ley divina, porque Dios la ha inculcado, por así decir, en el corazón de los hombres, y de este modo obliga a ordenar todas sus acciones tal como ella prescribe. Pues quien quiera prestar un poco de atención tanto a sus propias acciones,

como a las de los otros hombres, percibirá enseguida que no todas son indiferentes, sino que para promover su felicidad está obligado a ejercer algunas de ellas, y a omitir en cambio las otras.

VI. Por este motivo, la observación de estos deberes es necesaria imprescindiblemente para la promoción de la felicidad de los hombres; en cambio, la omisión de los mismos y la infracción de la ley le perjudica en sumo grado. Porque no sólo están en absoluta contradicción las consecuencias naturales de la infracción con la verdadera felicidad, sino que, como la ley natural tiene su origen en Dios mismo, su infracción no puede ser considerada más que como una insubordinación contra Dios. Ahora bien, como toda nuestra felicidad está orientada en último término a Dios como sumo bien, la infracción de la ley tiene que llevarla necesariamente a la mayor ruina. Porque, ¿cómo, si no, debería ser posible que Dios pudiera prescribir leyes a las criaturas racionales, sin pedir seriamente su cumplimiento, y sin castigar enérgicamente a los infractores? Quien afirme un despropósito semejante se burla claramente de Dios.

270

VII. Consecuentemente, para el logro de la felicidad es, en efecto, necesario que los hombres cumplan escrupulosamente los deberes que Dios les ha prescrito, y en ello consiste la tarea de la voluntad, en la medida que así promueve nuestra felicidad. Por tanto, al igual que el entendimiento contribuye lo suyo al logro de la felicidad mediante el conocimiento de la verdad, del bien y de los deberes que resultan de ello; así incumbe a la voluntad el cumplimiento de estos deberes. Por eso, el hombre tiene que empeñarse con todas las fuerzas para acomodar completamente su voluntad a la observación de la ley que Dios le ha prescrito, y disponerla de tal manera, que la cumpla con gusto y encuentre en ello su mayor placer.

VIII. Porque se ve bien que con esto no se obtienen simplemente acciones externas en conformidad con los deberes, aunque las consecuencias provenientes de ello ya de por sí producen una gran ventaja para el hombre; sino que es imprescindiblemente necesario que la voluntad misma se someta perfectamente a la ley, y que se libere de todos los sofismas que pueden seducirla en contra; esto es, la voluntad ha de ser colocada en una disposición tal, que ni siquiera quede en ella el menor gusto o inclinación hacia lo que no es conforme a la ley. No puede describirse mejor esta disposición que cuando se dice que la voluntad de los hombres tiene que ser sometida escrupulosamente a la voluntad divina en todos los aspectos. Porque, como Dios es la fuente de todo bien, está claro que un hombre que ha dominado su voluntad de este modo, tiene que encontrarse necesariamente en un estado muy feliz.

271

IX. En cambio, en la medida en que un hombre ejerce las acciones más virtuosas, pero con repugnancia, y actúa en cierto modo a la fuerza, ciertamente puede disfrutar las buenas consecuencias que de modo natural resultan de estas acciones, pero aún permanece muy lejos de la verdadera felicidad. Porque, en la medida en que todavía se siente en él una oposición contra el verdadero bien, esto es, contra la voluntad divina, ella misma es de por sí un indicio seguro de una intranquilidad e insatisfacción interna, de la que la verdadera felicidad tiene que estar absolutamente liberada. Por tanto, nada puede hacer verdaderamente feliz al hombre, sino únicamente un conocimiento suficiente de Dios y sus obras y, en segundo lugar, un perfecto sometimiento de su voluntad a la voluntad divina.

X. Ahora bien, así como el entendimiento no puede estar en una situación más feliz que cuando avanza cada vez más en el conocimiento de Dios y sus obras, tampoco puede encontrarse la voluntad en un estado más feliz que cuando se encuentra ilimitadamente sometida a la voluntad divina. Porque la verdadera paz del alma estriba única y exclusivamente en esto, considerado como el sumo bien no sólo por los cristianos, sino también por muchos paganos. Y, si se quiere meditar sólo un poco el asunto, se verá enseguida que no es posible ninguna otra forma de verdadera felicidad que la que aquí ha sido mostrada ni en esta vida, ni en otra futura, tanto para los hombres, como para otras criaturas dotadas de entendimiento y voluntad.

XI. Pero, para alcanzar una disposición tan feliz del entendimiento y de la voluntad, encontramos los hombres las mayores dificultades. Nadie que esté mínimamente familiarizado con la historia puede desconocer qué conceptos tan indecorosos y completamente erróneos se ha formado la mayoría de los hombres de Dios y de las cosas divinas. Tampoco parece que la causa de ello haya estribado únicamente en el entendimiento, porque, aunque la mayoría de los hombres no lo emplean correctamente en muchos aspectos, y especialmente en el conocimiento de Dios, a la concupiscencia y los placeres licenciosos corresponde una parte mucho mayor de ella. Y su poder es tan grande, que al hombre, por vigorosamente que pueda esforzarse, le resulta imposible alcanzar un estado igualmente dichoso de su entendimiento y voluntad.

XII. Pero, por grandes que puedan ser los obstáculos que se encuentran en la ilustración del entendimiento, son mucho mayores los que se oponen al perfeccionamiento de la voluntad. Sería superfluo seguir explicando que dominar la concupiscencia, de lo cual depende todo el asunto, es algo laborioso. El entendimiento todavía puede ser ayudado en una medida considerable mediante una buena instrucción;

pero con una voluntad extraviada y entregada a sus placeres, toda exhortación es por lo regular ociosa, y las advertencias más enérgicas, que sin embargo son el único medio por el que un hombre puede ser movido, muy raramente tienen el efecto deseado. Ahora bien, dado que la felicidad está unida a dificultades tan invencibles, es cosa decidida que los hombres se encuentran en una situación muy corrompida.

XIII. Una disposición de la voluntad como la que se requiere para un estado feliz, presupone siempre un cierto grado de conocimiento de Dios, porque para someter la voluntad a las leyes divinas, han de ser conocidas previamente, lo cual se produce a través del entendimiento. Fácilmente se comprenderá también que, cuanto más se amplíe el conocimiento de Dios, tanto más aumentará el número de deberes que han de ser advertidos con respecto a Dios. Porque las criaturas que son capaces de un conocimiento muy pequeño o nulo, están sometidas a muy pocos deberes o ninguno; por el contrario, cuanto mayor es el grado de conocimiento que puede alcanzar una criatura racional, también pondrá en práctica deberes tanto más puros e importantes, y estará obligada a regir su voluntad de acuerdo con ellos.

XIV. En cambio, el entendimiento puede avanzar bastante en el conocimiento de Dios y también de los deberes que le incumben, sin que por ello mejore su voluntad. Porque el mejoramiento de la voluntad puede estar sometido a obstáculos tan severos, que ninguna consideración racional pueda removerlos. La experiencia nos convence a menudo de esto suficientemente: mientras que con frecuencia los hombres más sagaces resultan mínimamente virtuosos, en cambio, también se encuentra con frecuencia en un pequeño entendimiento un grado de virtud que no es en absoluto menor del que corresponde a la verdadera mejora de la voluntad. ¿Cómo están algunos hombres palmariamente convencidos de los deberes a los que están obligados, y sin embargo actúan regularmente directamente en contra de ellos? Si la experiencia no nos convenciese de ello, difícilmente podría ocurrir que resultara de la esencia de una criatura racional la posibilidad de un conducta tan invertida.

XV. Ahora bien, como no podemos dudar de ello, ¿por qué no podrían existir tampoco criaturas racionales tales que superasen ampliamente a los hombres en entendimiento, y que sin embargo estuviesen contaminadas por una maldad semejante o aun mayor? Como según todas las apariencias Dios ha producido criaturas de todas las clases posibles, tampoco tenemos el menor motivo para dudar de la existencia de tales criaturas, superiores a nosotros tanto en entendimiento como en maldad. Por tanto, si tales criaturas son designadas con el nombre de espíritus malignos, o de demonios, los así llamados espíritus fuertes

muestran muy poco entendimiento, cuando vuelcan sus burlas sobre el artículo de fe referente al demonio, y proclaman como fábula todo lo que se dice de él.

XVI. Lo más importante que hay que considerar aquí es que la falta de conocimiento raramente puede sernos imputada como un delito, a pesar de que la verdadera felicidad sufra por ello un perjuicio considerable, porque a menudo no está en nuestro poder llegar a un grado mayor de conocimiento. Por el contrario, el descuido de los deberes que ya hemos conocido por el entendimiento, siempre hay que considerarlo como un delito real contra Dios. Por tanto, el que, retenido por sus malos anhelos, deja de someter su voluntad a la voluntad divina conocida por él, comete el mayor pecado, privándose a sí mismo intencionadamente de la felicidad a la que podría aspirar de otro modo, y para la que se hace absolutamente indigno.

XVII. Una criatura racional, de acuerdo con el grado de conocimiento que le ha sido otorgado, no puede tener mayor felicidad, que si ha acomodado perfectamente a los deberes conocidos por ella, y reprimido todos los anhelos opuestos de modo tan completo, que no queden ya otros impulsos que los que se ajustan a esos deberes. Porque, quien se coloca en tal situación goza, de una paz de espíritu verdadera, y nada puede alterar su satisfacción. Tampoco puede aumentarla nada, más que cuando, llegado el entendimiento a un conocimiento más perfecto, la voluntad también mejora a la vez, de acuerdo con dicho conocimiento, y se somete cada vez más a la voluntad de Dios.

XVIII. Por consiguiente, mientras la voluntad se encuentra todavía en un estado de corrupción y no está dispuesta a ajustarse a los deberes conocidos, hay que prestar atención prioritaria a dominar y erradicar por completo todos los anhelos que van contra esos deberes. Porque, antes de que se llegue a ello, un grado mayor de conocimiento no sólo no promovería nuestra felicidad, sino que más bien aumentaría nuestra desdicha. Porque, cuanto más veamos la necesidad de observar estos deberes y aún otros más, tanto mayor resultará el delito cometido al omitirlos. En estas circunstancias, nuestra obligación requiere que nos esforcemos prioritariamente con todas nuestras fuerzas en la mejora de la voluntad, y no tanto en una mayor ilustración del entendimiento.

274

XIX. O hay una revelación divina, o no la hay. Todavía no se ha atrevido nadie a afirmar que una revelación sea absolutamente imposible; sino que los librepensadores sólo han procurado poner al día la supuesta fuerza de su entendimiento negando en la Sagrada Escritura todos los rasgos distintivos de una revelación divina. Porque, como Dios

no sólo ha creado a los hombres, sino que también los ha hecho capaces de alcanzar la verdadera felicidad, se ve claramente que Dios se preocupa en efecto de la salvación de los hombres. Según esto, si una revelación pudiera contribuir algo a la promoción de la felicidad humana, no sólo no sería imposible, sino que sería incluso presumible que también en este aspecto Dios hubiera mostrado a los hombres su bondad.

XX. Pero, si hay una revelación divina, podemos estar firmemente convencidos de que la misma tiene como fin último la verdadera felicidad de los hombres. Ahora bien, como hemos visto en qué consiste la verdadera felicidad de los hombres y qué se requiere para obtenerla, así queda ya completamente invalidada la mayoría de los rasgos distintivos que los librepensadores buscan en la revelación divina y no encuentran en la Sagrada Escritura. Se figuran que si Dios hubiese querido anunciar sus perfecciones y su voluntad a los hombres mediante una revelación, también hubiera sido conforme a la majestad de Dios realizar tal cosa de un modo completamente extraordinario y magnífico, de forma que afectara a todos los hombres del modo más enérgico, y que a nadie pudiera caberle la más mínima duda de la verdad de una revelación semejante.

XXI. Pero ahora será fácil mostrar que semejante revelación a los hombres serviría más para su perdición que para su salvación. Porque, aunque de ese modo el entendimiento de los hombres fuera llevado a un más alto conocimiento de Dios, sin embargo, con ello su voluntad mejoraría muy poco o nada en absoluto. Un mayor conocimiento de Dios así, más bien aumentaría los deberes que nos incumben, y la omisión de los mismos nos haría culpables de un delito tanto mayor. Porque, bajo las mismas circunstancias de perversión de nuestra voluntad, cuanto más aumenta nuestro conocimiento, tanto mayor y más pesada resulta también el incumplimiento de nuestros deberes y, consecuentemente, tanto más empeora nuestra situación.

275

XXII. Según esto, redundaría en mayor desdicha nuestra, si a Dios se le hubiera ocurrido revelárenos de acuerdo con el erróneo sentimiento de los librepensadores; más bien al contrario, estamos convencidos de que Dios habrá elegido, de acuerdo con su infinita bondad, un modo completamente diferente de revelárenos, que tiene que redundar más en beneficio nuestro que en acrecentar nuestra miseria. Por tanto, una revelación así, tendente a nuestro verdadero bien y conforme a la bondad de Dios, estará orientada principalmente a la mejora de nuestra voluntad, y a este fin nos presentará los más fuertes y poderosos motivos; pero, al mismo tiempo, no nos desvelará de las infinitas perfecciones de Dios más que lo que podamos asumir con nuestra corrompida voluntad, sin aumentar nuestros delitos.

XXIII. Ahora bien, supuestos estos rasgos distintivos en una verdadera revelación divina, desaparecen casi por completo todas las objeciones que siempre ha formulado la incredulidad y la maldad de los hombres contra la Sagrada Escritura; y encontramos en este libro los rasgos anunciados de un modo tan perfecto, que no podemos seguir dudando en lo más mínimo de su origen divino. Porque vemos con toda claridad que la Sagrada Escritura no sólo pone en la mano de los que se cuidan seriamente de mejorar su corazón los medios más poderosos para ello, sino que también los lleva cada vez más lejos en el conocimiento de Dios; y a la vez tampoco redundando en una pérdida mucho mayor de los que no quieren atenerse a ella.

276 XXIV. Por tanto, precisamente lo que los incrédulos suelen oponer en particular a la Sagrada Escritura, a saber, que no a todos les saltan clara e inmediatamente a la vista las señales típicas de un origen divino, no sólo no es un reproche correcto, sino que incluso es un rasgo necesario de una auténtica revelación divina. Porque, dado que el fin último tiene que estar dirigido a promover la salvación de los hombres, y no en cambio al aumento de su miseria y al justo castigo ligado a la infracción, un convencimiento más claro del origen divino no contribuiría a obtener la primera, sino por el contrario, a aumentar necesariamente la magnitud de la contravención. Porque, aun cuando un incrédulo se convenciese del carácter divino de la Sagrada Escritura, si en cambio no se esforzase en mejorar su voluntad de acuerdo con ella, ese convencimiento sólo redundaría en aumento de su delito.

XXV. En cambio, los que se cuidan seriamente de mejorar su voluntad, encuentran en la Sagrada Escritura los rasgos distintivos más evidentes de un origen divino. Porque, en primer lugar, en ella encontramos la fuente más pura y rica de todos los deberes a los que la ley divina nos obliga, y cuyo cumplimiento pone a nuestra voluntad en la disposición requerida indispensablemente para nuestra felicidad. Esta fuente está contenida en el amor a Dios y nuestro prójimo, prescrito con la mayor firmeza, y de la misma derivan todos nuestros deberes tan natural y necesariamente, que un hombre que ama a Dios con todo su corazón y a su prójimo como a sí mismo, seguro que no omitirá ni un solo deber en lo más mínimo.

XXVI. Los hombres más sensatos entre los antiguos filósofos se han cuidado especialmente de indagar la fuente de todos nuestros deberes, y derivar de ella las normas de vida necesarias. No obstante, todo lo que ellos han formulado sobre esto es en parte muy obscuro, y en parte muy imperfecto, y la mayor parte sólo concierne a las acciones externas, sin que sea mejorado por ello el corazón mismo. Ahora bien, como en los

escritos de los mayores filósofos se trata esta materia de un modo tan imperfecto, mientras que los autores de la Sagrada Escritura, a los que por lo demás atribuyen los librepensadores un discernimiento muy pequeño, recomiendan tan clara y enérgicamente la única y verdadera fuente de todos nuestros deberes, hay que reconocer a la Sagrada Escritura en este aspecto una gran ventaja sobre todos los demás escritos y, como esta ventaja no puede ser atribuida a un mayor discernimiento de los autores mismos, de acuerdo con el propio testimonio de los incrédulos, no tienen éstos necesidad de ser tan críticos cuando consideramos que el origen de esta Escritura es divino.

XXVII. En cuanto a los conceptos de Dios y de sus atributos que sacamos de la Sagrada Escritura, son tan puros y tan conformes con la esencia de Dios, que para convencerse de ello basta con contraponerles los conceptos que se han formado al respecto los paganos más sagaces. Porque si los así llamados espíritus fuertes pretenden encontrar en ella de vez en cuando expresiones impropias de Dios, como cólera, ardor, venganza y arrepentimiento, ciertamente ya se ha contestado suficientemente a estas importantes objeciones. Pero todos esos pasajes sólo se pueden considerar en su correspondiente contexto, y compararlos con el concepto general que encontramos allí de Dios; entonces se conocerá enseguida claramente que estas expresiones de la majestad de Dios no producen el menor inconveniente.

277

XXVIII. Pero la Sagrada Escritura no sólo contiene la única y verdadera fuente de todos nuestros deberes cuya observación es capaz de conducirnos a la verdadera felicidad, sino que también encontramos allí las motivaciones y auxilios más fuertes que nos pueden mover al cumplimiento de estos deberes. A ello atañe en particular la doctrina de la divina Providencia, tanto general como especial, a través de la cual conocemos que nunca podemos encontrarnos en una circunstancia cualquiera que no nos haya sido impuesta expresamente por Dios, de acuerdo con su infinita sabiduría y bondad; tenemos que tener la firme seguridad de que tampoco puede caer siquiera un pelo de nuestra cabeza sin la voluntad de nuestro Padre celestial. Quien tan sólo considerara con la debida atención esta doctrina y quisiera aplicársela a sí mismo, sometería en todas las circunstancias sin dificultad, e incluso con gusto, su voluntad a la voluntad de Dios, y alcanzaría así la verdadera felicidad.

XXIX. Por ello sabemos que tenemos que considerar todas las acciones de nuestros semejantes de dos modos: por una parte, en cuanto que son ejecutadas por nuestros semejantes, en cuya perspectiva están o no de acuerdo con sus deberes, y por consiguiente tienen que responder de ellas. Pero si, por otra parte, consideramos estas acciones en tanto que

se refieren a nosotros y parecen estar ordenadas a nuestro beneficio o perjuicio, hay que dejar completamente de lado la primera consideración, y tenemos que figurarnos firmemente que las mismas acciones nos han sido impuestas directamente por Dios. Esta conclusión no sólo se sigue necesariamente de lo que precede, sino que también se afirma clara y expresamente en muchos pasajes de la Sagrada Escritura.

278 XXX. Tampoco puede haber ninguna otra consideración más fuerte que ésta para apartarnos y reprimir por completo en nosotros todos esos anhelos licenciosos, como la cólera, el odio, la envidia y la venganza. Todos los hombres razonables han considerado siempre estos anhelos como fuente de todas las lacras, y buscado con empeño motivos para poner en evidencia su fealdad y liberar a los hombres de ellos. Pero, a pesar de que estos motivos puedan ser por lo regular suficientemente importantes, sin embargo, ha sido evidenciado de modo satisfactorio por la experiencia su mal efecto, y su peso es igualmente despreciable en comparación con el magnífico motivo ya mencionado, que deriva necesariamente de la Providencia de Dios.

XXXI. Este concepto de la Providencia de Dios, al mismo tiempo que ciega la fuente de todas las lacras, también es la motivación más poderosa de toda virtud. A través de él se despierta y fortifica del modo más sensible el amor a Dios, considerando que todos los azares nos son impuestos por Dios, y que por tanto nos encontramos en cierto modo en un trato permanente con Dios. Además, esta consideración nos impulsa a un verdadero amor, no sólo hacia nuestros amigos, sino también hacia nuestros enemigos. Porque, como tenemos que ver con unos ojos completamente diferentes todos los ataques que puedan provenir incluso de un enemigo, se eliminan de una vez por todas las causas del odio, y nos encontramos en situación de amar sin hipocresía incluso a nuestros enemigos más acérrimos, de acuerdo con la voluntad divina.

XXXII. Ahora bien, si además de la pura doctrina sobre Dios se considera también la verdadera fuente de todas las virtudes, y las poderosas y magníficas motivaciones que la Sagrada Escritura contiene y nos recomienda del modo más enérgico, hay que admitir necesariamente que este libro sirve para una segura promoción de nuestra verdadera felicidad. Y aún cuando no se le quiera atribuir por esto un origen divino, al menos se puede concluir con tanta mayor seguridad de ello que sus autores, no sólo han comprendido claramente la esencia de la verdadera felicidad, sino que también se han cuidado seriamente de liberar a los hombres de todas las lacras, y de conducirlos al camino de la virtud. Por tanto, ¿qué cosa habría más disparatada e injusta, que querer proclamar a estos autores como necios, o acaso como mentirosos?

XXXIII. De aquí se sigue que, si los autores de la Sagrada Escritura, de cuyo sano entendimiento y honradez estamos completamente convencidos, relatan a la vez cosas que parecen increíbles, entonces sería extremadamente injusto rechazarlas sin más. Ahora bien, en la Sagrada Escritura se habla muy amplia y detalladamente de grandes milagros, que habrían sido realizados por personas que se han preciado de una misión divina; y estos milagros son de tal índole que, aun cuando se aceptaran por completo las objeciones hechas en contra por los librepensadores, las cuales se fundan en parte en una imaginación desquiciada, en parte en la ingenuidad, y en parte también en la malicia, sin embargo se tendría que reconocer necesariamente un milagro mucho mayor, por el que Dios habría ofuscado directamente a los hombres, y respaldado el falso testimonio de aquella gente.

279.

XXXIV. Los apóstoles y un gran número de los primeros cristianos pretendieron unánimamente que Cristo, no sólo había resucitado de entre los muertos, sino que también lo habían visto ellos mismos tras su resurrección, e incluso habrían hablado con él. Ningún hombre que haya considerado mínimamente su doctrina y la firmeza atestiguada en ella, puede afirmar con un poco de credibilidad que en realidad no han creído tal cosa, y que por tanto ha habido un claro fraude por su parte. Pero aún mucho menos puede decir con cierta verosimilitud que los apóstoles se imaginaron esto falsamente, simplemente a causa de un entendimiento desquiciado. O bien sería necesario afirmar que Dios habría ofuscado a toda esta gente a la vez mediante un milagro, y esto sólo para difundir una doctrina falsa.

XXXV. Ahora bien, al igual que estas importantes objeciones han sido refutadas a fondo desde hace mucho tiempo, las consideraciones precedentes sobre la pureza de la doctrina expuesta en la Sagrada Escritura parecen disipar por completo cualquier duda, la cual solamente podría ser suscitada todavía por la incredulidad, especialmente si se tiene en cuenta lo que se ha alegado sobre el rasgo distintivo esencial de una verdadera revelación divina. Porque, como una revelación divina no debe tener ninguna señal demasiado manifiesta, sino que tan sólo debe redundar en la promoción de la salvación de los hombres que se quieren cuidar seriamente de mejorar su corazón, caen por tierra todas las dudas que siempre se han formulado contra el modo en que se ha propagado la religión cristiana.

XXXVI. Según esto, es una verdad establecida que Cristo ha resucitado de entre los muertos; ahora bien, como esto es un milagro que no ha podido ser realizado por nadie más que por Dios mismo, es imposible poner en duda la divinidad de la misión de Cristo en este

280

mundo. Por consiguiente, la doctrina de Cristo y de sus discípulos es divina y, puesto que tiende a nuestra verdadera felicidad, también podemos creer con la más firme convicción en todas las promesas que se nos hacen en el Evangelio, tanto para esta vida, como para la futura, y considerar la religión cristiana como una acción divina tendente a nuestra felicidad. Pero no es necesario detallar más esto, porque quien se ha convencido simplemente de la resurrección de Cristo, es imposible que pueda dudar ya del carácter divino de la Sagrada Escritura.

XXXVII. A los librepensadores les resulta imposible oponer algo mínimamente verosímil contra este principio, con el que se ha evidenciado tan incontrovertiblemente el carácter divino de la Sagrada Escritura. Cuando se ven obligados a tratarlo, buscan todos los subterfugios posibles para librarse de su consideración, y dirigen sus ataques contra otros artículos de fe que les parecen encerrar algo incomprensible, o incluso contradictorio. En la mayor parte de los casos, tampoco atacan las doctrinas que se expresan en la Sagrada Escritura con claras palabras, sino las que han sido deducidas de ella únicamente por medio de ciertos raciocinios. Aun cuando estos raciocinios puedan estar en parte bien fundados, no proceden con sinceridad cuando, al arremeter contra ellas, quieren dar a entender a la gente como si por ello perdiera toda validez la Sagrada Escritura.

XXXVIII. Ya es un rasgo distintivo de malicia encubierta que se ataque la credibilidad de un escrito de un ese modo, sin buscar su fundamento, y puede afirmarse de antemano con toda seriedad respecto a gente así, que de darse alguna revelación divina, incluso fuera de la Sagrada Escritura, seguro que no podría ser conforme con su gusto, no pudiendo coincidir las verdades divinas con la razón obnubilada de hombres maliciosos. Por tanto, se puede conceder de entrada a los librepensadores que la Sagrada Escritura contiene muchas cosas que en modo alguno les agradan, y que incluso les pueden parecer absurdas. Por el contrario, el carácter divino de la Sagrada Escritura sufriría el mayor golpe si se encontrara en ella una gran armonía con el gusto de los librepensadores.

281

XXXIX. A continuación, por lo que se refiere en particular a las dificultades y aparentes contradicciones que los librepensadores formulan y pretenden encontrar en la Sagrada Escritura, no será inútil advertir ante todo que no existe una ciencia tan firmemente fundada, contra la que no puedan ser hechos reparos tan importantes, y aún más. En ellas cabe encontrar tales aparentes contradicciones, que a primera vista parecen insolubles. Pero, como se pueden examinar estas ciencias hasta sus primeros principios, cabe obviar por completo dichas dificultades. Pero

sin embargo, aun cuando no fuese posible hacer esto, no perderían esas ciencias nada de su seguridad. ¿Por qué, pues, debería ser privada tan pronto de toda consideración la Sagrada Escritura mediante objeciones parecidas?

XL. Se tiene a la geometría por la ciencia en la que nada se acepta que no pueda ser deducido del modo más evidente a partir de los primeros principios de nuestro conocimiento. No obstante, ha habido gente de entendimiento no común que creyó encontrar en la geometría dificultades muy grandes e insolubles, por lo que se figuró que había privado a esta ciencia de toda seguridad. Los reparos así hechos contra ella, son además tan sutiles, que se requiere mucho esfuerzo y comprensión para refutarlos seriamente. Pero no por ello pierde la geometría entre la gente razonable nada de su valor, aunque la misma no pueda arrancar inmediatamente de raíz todas esas sutiles objeciones. Según eso, ¿con qué razón pueden reclamar los librepensadores que haya que rechazar por completo de súbito la Sagrada Escritura a causa de algunas dificultades, que a menudo no son con mucho tan importantes como las que han sido hechas contra la geometría?

XLI. Además, en la geometría también hay ciertas proposiciones demostradas del modo más escrupuloso que, si no son consideradas con la mayor atención, parecen contradecirse claramente entre sí. Se podrían indicar diversos ejemplos de ello si pudieran ser entendidos sin un conocimiento bastante profundo de esta ciencia, lo cual no podemos presumir de la mayor parte de los lectores. Pero podemos asegurar que tales aparentes contradicciones son mucho más importantes que las que los librepensadores suponen encontrar en la Sagrada Escritura. Entretanto, a nadie se le ha ocurrido sin embargo poner en duda la seguridad de la geometría, aun cuando no se tenga capacidad suficiente para explicar y resolver todas estas en apariencia claras contradicciones.

282

XLII. Todavía se encuentran con mayor frecuencia las mismas dificultades y contradicciones aparentes en las demás ciencias, en particular, si queremos investigar con mayor precisión los primeros principios de nuestro conocimiento. Nadie duda de que haya cuerpos en el universo; también es seguro que tienen que estar compuestos de cosas simples o no; pero, cualquiera de estas dos opiniones que se adopte, se encuentra uno en tales dificultades, que todavía no ha podido nadie solventarlas de modo que haya satisfecho a los que se han sumado a la otra opinión. Si se quisiera concluir de ello que so sean conformes a la verdad ni una ni otra opinión, necesariamente habría que negar en absoluto la existencia de los cuerpos. Lo cual, aunque realizado realmente por algunos fantasiosos, no por ello les concederá fácilmente un hombre razonable.

XLIII. También ha habido gentes que han negado por completo el movimiento: decían que si un cuerpo se moviese, tendría que estar o bien en el lugar en que se encuentra realmente, o bien en otro lugar; pero lo primero no puede suceder, porque mientras se encuentra el cuerpo en su lugar no puede serle atribuido movimiento alguno. Sin embargo, lo último aún es más absurdo, porque ¿cómo podría moverse en cuerpo en el lugar en que no está? Tal vez sean muy pocos los que sean capaces de descubrir el fraude en este razonamiento, pero ¿dudarán por ello siquiera en alguna medida de la posibilidad del movimiento? Por tanto, ¿no es la mayor temeridad querer anular la autoridad de la Sagrada Escritura tan pronto como uno se figura haber registrado en ella alguna dificultad insoluble?

283

XLIV. Por consiguiente, sin considerar en particular los reparos con los que los librepensadores suelen desmentir la Sagrada Escritura, a partir de lo indicado se puede llegar a la segura conclusión de que se comportan respecto a este libro del modo más injusto e irresponsable cuando se atreven a negarle absolutamente todo valor, por algunas dificultades aparentes, para ellos insolubles. La mayor parte de esa gente tendrá que confesar que no es capaz de resolver las dificultades contra la geometría, la existencia de los cuerpos y la posibilidad del movimiento que han sido mencionadas aquí, y sin embargo no es fácil que a ninguno de ellos se le ocurra rechazar la verdad y la realidad de estas cosas. Por tanto, esto es un signo seguro de que el proceder de esta gente en modo alguno tiene su origen en el amor a la verdad, sino en una fuente impura y completamente diferente.

LXV. Aquí hay que tener además en cuenta que únicamente la Sagrada Escritura revela cosas semejantes, las cuales en absoluto o muy difícilmente hubieran podido ser descubiertas a través de nuestra razón; mientras que iría totalmente en contra del fin último de una revelación divina si no contuviese más que lo que cualquiera podría descubrir fácilmente mediante su razón. Ahora bien, como se pueden aducir contra las cosas que sólo son conocidas por la razón tan grandes e importantes dificultades, y casi hasta contradicciones manifiestas, en las doctrinas reveladas, que no se pueden derivar de la razón, por necesidad habrá que divisar dificultades al menos igualmente grandes y, por consiguiente, tanto menos motivo hay para escandalizarse de ellas.

XLVI. Estas consideraciones tendrían que abolir por completo los reparos de los librepensadores, aun cuando fueran mucho más graves de lo que de hecho son. Al menos, ellos todavía no han presentado reparos tan fuertes, que no hayan sido refutados ya del modo más radical; pero como esta gente no se opone a la Sagrada Escritura por amor a la verdad,

sino por otras intenciones completamente diferentes, tanto menos hay que admirarse de que también desestimen por completo las mejores refutaciones, y de que todavía repitan a diario las objeciones más necias e insípidas, cuya nadería ya ha sido clarísimamente evidenciada desde hace mucho tiempo. Si hubiese en esta gente tan sólo un poco de honradez y amor a la verdad, sería facilísimo sacarles de su error, lo que, sin embargo, es absolutamente imposible por su acostumbrada obstinación.

XLVII. Para ellos, casi todo lo que contiene la Sagrada Escritura es como una espina en los ojos, y cuando encuentran en otros libros noticias completamente infundadas, que son adversas a la Sagrada Escritura, se adhieren a ellas con la mayor credulidad. En particular les resulta completamente increíble que el universo deba haber tenido nunca un comienzo, y aún mucho más, que deba alcanzar alguna vez su final. Temen, en efecto, que entonces tendrían que reconocer una acción directa de Dios sobre este mundo y sobre nuestra situación, lo cual no podría ser puesto en consonancia con sus restantes opiniones. Mientras les parece que todo se efectúa mediante las fuerzas ordinarias de la naturaleza, creen haber ganado el juego, y se figuran que pueden prescindir por completo en ellas de toda acción divina inmediata.

284

XLVIII. Pero ahora cabe la posibilidad, gracias a Dios, de refutar de raíz esta errónea opinión, aun cuando no tuviéramos ninguna revelación. Ya ha sido observado por el gran astrónomo Halley que actualmente la Luna realiza su curso alrededor de la Tierra en un tiempo menor que en épocas antiguas. Y cuando se examinan detalladamente las observaciones del Sol que han sido hechas en la época antigua, medieval y moderna, se encuentra que los años son en la actualidad algo más cortos que anteriormente. También cabe la posibilidad de determinar cuánto disminuye cada siglo la duración del año, y se puede demostrar que esta disminución asciende cada cien años a algunos segundos. Tampoco hay ninguna duda de que debería encontrarse alguna disminución igual con respecto a los restantes planetas, en el tiempo que giran alrededor del Sol; y precisamente esta circunstancia se manifiesta con toda claridad en un cometa que se ha tenido la fortuna de observar algunas veces.

XLIX. Se puede confiar con tanta mayor seguridad en las conclusiones extraídas de las observaciones, por cuanto que están completamente de acuerdo con las causas naturales que conocemos claramente. Porque, como la Tierra y los restantes planetas se mueven en la sutil y fina atmósfera celeste, tienen que sufrir por ello una pequeña resistencia en su movimiento. Ahora bien, es algo aceptado que los planetas, si no hubiera esa resistencia, describirían siempre círculos igualmente amplios alrededor del Sol; por ese motivo, cuando la resistencia de la atmósfera celeste

frena sólo un poco su movimiento, pueden oponerse algo menos a la caída hacia el Sol, y por consiguiente tienen que acercarse al Sol. Ahora bien, a causa de este efecto, las órbitas de los planetas se vuelven cada vez menores, y también por eso las recorren en un tiempo menor, de acuerdo con las leyes del movimiento, lo cual justamente es la circunstancia que se ha concluido de las observaciones.

285

L. Por tanto, resulta totalmente claro de ello que la Tierra tiene que acercarse cada vez más al Sol. Según esto, si ningún milagro efectuara una modificación en la disposición actual de la fábrica del universo, al final la Tierra tendría que acercarse tanto al Sol, que en lo sucesivo no podrían subsistir hombres ni fieras sobre ella y, por tanto, es imposible que el mundo permanezca continuamente en su actual situación, puesto que tiene que llegar necesariamente una época en la que la Tierra sea despojada por completo de sus habitantes. Por tanto, cuando la Sagrada Escritura habla del fin de la Tierra y de la actual disposición de todo el universo, no sólo no está en pugna con la razón, como pretenden los librepensadores, sino que incluso concuerda del modo más preciso con lo que estamos en situación de conocer por las causas naturales.

LI. Además, como la Tierra y los planetas siempre han estado en épocas pasadas más alejados del Sol que en la actualidad, si el mundo fuera eterno, tendrían que haber estado en alguna época pasada diez, cien o mil veces más alejados del Sol que ahora. Por tanto, tendría que haber habido una época en la que estuviesen más cerca de alguna otra estrella fija que del Sol; pero entonces, de acuerdo con las leyes de la astronomía, habrían completado su trayectoria alrededor de dicha estrella fija, y por consiguiente, nunca más hubiesen podido llegar a la región del Sol. Esta es una demostración incontrovertible de que es imposible que la disposición actual del universo sea eterna, sino que la misma tiene que haber sido producida en una época determinada, mediante una acción directa de Dios.

LII. Si todavía se quisiera objetar que tal vez las estrellas fijas también han estado en épocas pasadas cada vez más lejos del Sol que en la actualidad, y que por tanto los planetas nunca han estado más cerca de otra estrella fija que del Sol, se tiene que admitir sin embargo, que la Tierra se hubiera tenido que encontrar alguna vez a una distancia del Sol tal, que no hubiera podido subsistir sobre ella ni hombres ni fieras, a causa de la falta de calor suficiente. Ahora bien, como los hombres no pueden haberse originado en ninguna época de la Tierra por causas naturales, se sigue irrefutablemente que los hombres y las fieras han sido creados directamente por Dios en alguna época determinada. Pero, como los librepensadores han sido llevados ya tan lejos, que tienen que reconocer

una creación y futura destrucción del género humano, también resulta anulado todo su empeño, con el que tratan de asediar a la religión.

LIII. Pero, por muy claros e incontrovertibles que sean estos principios, con los que ha sido demostrado el carácter divino de la Sagrada Escritura, no es presumible sin embargo que por ello la secta de los librepensadores y enemigos de la religión sea apartada alguna vez de sus necios principios. La Sagrada Escritura nos asegura más bien que la imprudencia de esta gente se desbordará cada vez más, especialmente en los últimos tiempos; y justamente también ayuda no poco el preciso cumplimiento de esta profecía a confirmar el carácter divino de la Sagrada Escritura. Entretanto, deseamos no obstante de corazón que estas consideraciones puedan llevar de nuevo al buen camino a muchas almas todavía no completamente corrompidas, que se han dejado llevar de modo irreflexivo por las seducciones de esta gente miserable.

286

* * * * *